

UN ÁNGULO  
ME BASTA

FERMÍN HERRERO



**R**ecuerdo el escalofrío y la emoción con que descubrí, hace más de veinte años, la escritura de la rumano-alemana Herta Müller. Tengo presente incluso el rincón de la librería donde me topé con 'En tierras bajas' y 'El hombre es un gran faisán en el mundo'. Cuando muchos años después le concedieron de forma inesperada el Nobel, me recidísimos, a mi juicio, aunque tantos, por desconocimiento e ignorancia, como suele suceder, lo criticasen, por una parte me alegré mucho; por otra, pensé que dejaría de ser una escritora secreta, como mía, o de muy pocos. Y así fue, por supuesto, si bien el galardón ha hecho posible que la hayamos leído más por extenso –aunque no, todo hay que decirlo, en mi caso, con el mismo estremecimiento– y seguramente ha propiciado también la publicación de tres espléndidas conferencias reunidas bajo el título de la primera, dedicada al poeta expresionista Theodor Kramer, 'En la trampa' (Siruela).

De la misma manera que estos ensayos de H. Müller versan sobre tres escritores originales y excéntricos en el panorama de la literatura alemana del siglo pasado, traemos a estas páginas a tres novelistas españoles actuales que proponen enfoques narrativos innovadores. En el caso de Francisco Solano en 'Lo que escucha la lluvia' (Periférica), más que de innovador, el intento puede calificarse de desusado, toda vez que el monólogo interior, que gozara en los tiempos de esplendor de la novela experimental, a la sombra del ingeniero Juan Benet, de mucho predicamento, hace tiempo que ha caído en desgracia, me parece. Es además una manera de monologar plagada, por amor puro a la palabra, de gozosos desvíos reflexivos o digresivos, enjambrados en torno a los momentos decisivos, las epifanías de una existencia, con enumeraciones y ritornellos de raíz lírica, como el fundamental «extrañamiento y posesión: mi padre ha muerto». En realidad, este narrador se mueve dentro y fue-

ra del texto, puede considerarse el suyo un punto de vista anfibio hartos curioso.

Por eso, en medio de las arenas movedizas del texto, en principio elegía, requisitoria al cabo, utiliza un narrador improbable, melancólico, renegado, inestable, cuasiapócrifo, difuso, insolvente moral, dudoso y dubitativo –«un compuesto de incertidumbre y tenacidad»–, que se dirige con un respetuoso 'usted', en segunda persona, al modo del 'Vuesa Merced' del 'Lazarillo', al lector, en una captatio benevolentiae prolongada. Así da voz, mediante líneas de fuga para despegarse de lo real, a un rentista que vive moderadamente del alquiler de un antiguo taller de encuadernación, mudado en tintorería. En consonancia con su modo de vida frugal y austero, la expresión es sencilla, hilvanada mediante frases concisas. Consigue con este estilo recoger cierta resonancia de lo verdadero, sin ens fictum ni ventanas pintadas, tan en boga, y eso que la cita inicial de Manganelli advierte bien a las claras del riesgo: «Estoy seguro de mentir, pero no sé en qué lugar de mi discurso».

¿Y quién no miente? Desde la orfandad del hijo de la viuda, la vida es tan frágil en un barquito de corcho en un regato, en una cabaña de la niñez, en una habitación de hotel, en un bar de carretera, en una estación ferroviaria de paso... A fuer de ser sincero, la confianza última, la única, reside en la escritura, en una literatura fuerte, a contracorriente. En ningún otro sitio. Y a fe que F. Solano cumple con esta convicción, esmerándose en que, con precisión de cirujano, el pensamiento respire intacto por la herida de la palabra justa. A este respecto, sin ponderar más sus espléndidas mañas expresivas, basta una observación muy simple: el uso, con frecuencia y propiedad, del punto y coma, signo ortográfico que, debido seguramente a su finura estilística, ha desaparecido casi por completo en la prosa reciente. Una de tantas pérdidas formales que no son sino indicios evidentes del vacío de significado.

El cuidado formal, que ya elogiamos cuando publicó 'Democracia', es también el norte expresivo del onubense Pablo Gutiérrez y se hace una vez más patente en 'Los libros repentinos' (Seix Barral). Como F. Solano, cuida mucho el ritmo del fraseo, recurre al estilo indirecto libre y al símil logrado y aquilata la adjetivación: por poner un caso, un macarrilla pícaro se enamora de una poligonera de ligereza gimnástica y nombre nada menos que Usanavy, novia de tebeo y bisutería, con «devoción petrarquista». En todo caso, su escritura, pese a la abundancia de referencias varias, par-



# Texto y vida pri

## Propuestas novedosas de nuestra narrativa





# ivada

...En ese territorio de las afueras en el que glorietas, ensanches y rondas comen terreno a los secarrales....

❖ PIERRE-PHILIPPE MARCOU-AFF

ticularmente a ‘La mala hierba’, ‘El árbol de la ciencia’ o ‘La sensualidad pervertida’, no me parece en modo alguno barojiana, más bien la emparentaría, en cuanto a intención crítico-social a partir de arranques inesperados, con mucho riesgo añadido, con la novelística de Isaac Rosa, si bien P. Gutiérrez pergeña artefactos de novela testimonial atenuados por la autoironía, con la que además consigue, hasta el antidesenlace, superar el riesgo de caer en el costumbrismo superficial a lo ‘Cuéntame’.

La caja de libros de donde procede el título, de la benemérita colección Austral y que le llega, abusando de la confianza del vecino, con cincuenta años de retraso, le sirve a la protagonista, una de tantas mujeres esclavas nacidas en la posguerra, como oráculo de Delfos, purificación casi catársis y terapia derivada de la soledad plena de la lectura, rodeada de la marginalidad asumida de «los chavales broncos y maleducados» que hacen peña al lado de su casa. Y es que la novela poetiza la vida oscura de las populosas barriadas donde la ciudad termina, desde el desarrollismo de los sesenta con las casas baratas del Movimiento a los espantosos bloques comunales de nuestros días. Es el territorio de las afueras, que otro Pablo, García Casado, elevara poéticamente, en el que glorietas, ensanches, bulevares y rondas de circunvalación van comiendo terreno a los secarrales. El autor, un narrador nato, vacía con mano maestra los recuerdos de los habitantes de estos cinturones suburbanos y se avecina a la actualidad mediante una curiosa rebelión indignada, en la que colaboran activistas anti-sistema embebidos de conciencia obrera bastante ilusa, a consecuencia de un bando municipal que prohíbe tender la ropa en los balcones, con efectos colaterales hiperbólicos e inesperados.

«Un momento. ¿Qué es esto?, ¿qué es todo esto?». El final de ‘Crónicas de la Era K-pop’ (Impedimenta) de Fernando San Basilio es justamente lo que me preguntaba ya al inicio de la novela, mientras seguía los atareados pasos de la coqueta Lee Jae Eun, una joven que cursa Terapia Ocupacional en la Universidad Yonsei y curra de azafata los fines. Estamos nada menos que en Wonju, provincia de Gangwon, Corea del Sur, de la mano del narrador, probablemente alter ego del novelista, dispuesto a hacer honor a las cinco citas cafeteras que preceden al texto y elevar artísticamente el fenómeno de las cadenas-franquicia de coffee shops, bollería fina y baristas inclusive, en el lejano oriente surcoreano hasta límites insospechados, «físgando en los cafés underground y en las tiendas de ropa mainstream».

## Cada uno de los escritores ha modelado con un estilo peculiar su experiencia personal

Un tour de force de un aromático avasallador, porque «una vez que comprendes que son todas una, dejas de pensar que son demasiadas».

Tenía mucha curiosidad por leer a este cronista madrileño que se ha ganado fama de rompedor e iconoclasta, de prosista singular, gracias a sus tres novelas previas, cuyos títulos, por lo pronto, no dejan a nadie indiferente: ‘Curso de librería’, ‘Mi gran novela sobre La Vaguada’, ambas en Caballo de Troya, y ‘El joven vendedor y el estilo de vida fluido’, con la que se estrenó en Impedimenta. A juzgar por esta cuarta, su escritura, por la que desfilan personajes variopintos, muy modernos, bajo una aparente ligereza, resulta muy efectiva, conforma una mirada original, entre compasiva y burlona, a medio camino entre el reportaje y la ficción, que compensa cierto déficit de narratividad.

Al comienzo de su acercamiento a la obra del judío austriaco T. Kramer, H. Müller declara sin ambages que los tres textos que componen ‘En la trampa’ «no ocultan la imposibilidad de separarlos de la vida de sus autores». Lo mismo sucede, de manera diversa, como hemos visto, con las novelas comentadas, cada uno de los escritores ha modelado con un estilo peculiar su experiencia personal, «lo vivido en carne propia», «por encima de la historiografía al uso, en tanto que con ella se impide la identificación con la desgracia individual».

Son palabras de la premio Nobel para ensalzar las figuras íntegras, ejemplares, de los renegados, de quienes pagaron un precio muy alto por denunciar los mecanismos y los estragos de las dictaduras totalitarias de cualquier signo: el expresionismo del mentado Kramer; el aliento crudo, lacónico de la prosa de Ruth Klüger; el desgarró rígido y frío del verso desnudo, póstumo, de Inge Müller. Aunque todo recuerdo, al escribirlo, se convierta en reconstrucción forzada, «igual que ciertas palabras en los oídos de las tardes lluviosas», tal y como concluye la novela indagatoria sobre las pérdidas, «un concentrado de prosa sobrevenida que revela el conflicto entre imaginación y vida privada», según su propia definición, del burgalés F. Solano.



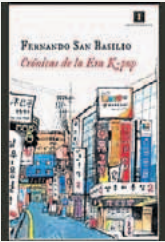
**EN LA TRAMPA**  
Herta Müller, Siruela, 106 pp., 13,25 euros.



**LO QUE ESCUCHA LA LLUVIA**  
Francisco Solano, Periférica, 120 pp., 15 euros.



**LOS LIBROS REPENTINOS**  
Pablo Gutiérrez, Seix Barral, 272 pp., 18,50 euros.



**CRÓNICAS DE LA ERA K-POP**  
Fernando San Basilio, Impedimenta, 176 pp., 16,95 euros.